



CONGREGAZIONE DELLA MISSIONE CURIA GENERALIZIA

Via dei Capasso, 30 – 00164 ROMA

Tel: +39 06 661 30 61 – Fax: +39 06 666 38 31 – Email: cmcuria@cmglobal.org

SUPERIOR GENERAL

Roma, 19 de septiembre de 2016

FIESTA DE SAN VICENTE DE PAÚL

Queridos misioneros,

¡La gracia y la paz de Jesús estén siempre con nosotros!

Con mucha alegría y con gran agradecimiento a cada uno de ustedes, mis queridos misioneros, que están sirviendo a “nuestros amos y maestros” en todo el mundo, les dirijo esta carta por primera vez como Superior General. Me gustaría expresar mi profunda gratitud y admiración a todos ustedes que viven y sirven incluso en los rincones más lejanos del mundo como testigos del amor de Jesús. Todos nosotros somos servidores y es muy hermoso saber que en este servicio nunca estamos solos. Jesús, nuestra Madre María, San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac, y todos los beatos y santos de la Familia Vicenciana nos acompañan en el viaje.

Permítanme aprovechar este momento para agradecer profundamente al P. Gregorio Gay, CM, nuestro Superior General durante los últimos doce años, así como a los PP. Stanislav Zontak, CM, y Eli Chaves dos Santos, CM, y a todos los demás misioneros, Hijas de la Caridad y laicos que han servido con tanto entusiasmo y dedicación en nuestra administración general en Roma, durante los últimos seis años, para hacer posible la proclamación efectiva y afectiva de la Buena Noticia a los Pobres.

También me gustaría aprovechar esta oportunidad para agradecer a todos los que me han escritos después de mi elección como Superior General, expresándome de todo corazón sus buenos deseos y, de un modo especial, su promesa de oración continua. Como no es posible para mí responder y agradecer a cada uno de ustedes individualmente, sepan que están incluidos personalmente en estas palabras de agradecimiento, al mismo tiempo que extendiendo a cada uno de ustedes mi promesa del recuerdo diario en la oración.

Celebramos recientemente nuestra 42 Asamblea General, que nos dejó objetivos concretos para los próximos seis años, que tendremos que afrontar juntos en el inmediato futuro. Es un momento de “gracia especial” que la Providencia nos está ofreciendo en el próximo 400° Aniversario (1617-2017) de nuestro Carisma y Espiritualidad Vicenciana. Muchos de ustedes han comenzado a programar intensamente para compartir y animar a otros

a seguir nuestra espiritualidad Vicenciana y a abrazar nuestro Carisma en el ámbito local, nacional, e internacional como Comunidad, Provincia, Vice-provincia, o Misión Internacional, juntamente con las otras ramas de la Familia Vicenciana que están presentes en sus específicos territorios y zonas. Animo a todos ustedes a que sigan reflexionando, programando, y actuando juntos sobre cómo compartir mejor con otros este “momento especial de gracia.”

El lema de toda la Familia Vicenciana para 2017, que va a irradiar luz sobre todo es:... “era un extranjero y me acogisteis...” (Mat. 25,35). Nuestra mirada se dirige hacia nuestros hermanos y hermanas, especialmente los más abandonados y aquellos por los que nadie se preocupa, y para estar seguros de que nuestra reflexión, programación, y acción van en la dirección correcta, el camino siempre tiene que comenzar con nosotros. La Fiesta de San Vicente de Paúl nos da una renovada oportunidad para reflexionar sobre los motivos y formas de ver, juzgar y actuar de Vicente.

El teólogo Karl Rahner, al final del siglo XX, pronunció estas palabras proféticas: “Los cristianos del siglo XXI han de ser místicos o por el contrario no serán cristianos”. ¿Por qué podemos llamar a San Vicente de Paúl un místico de la caridad?

Me gustaría invitar y animar a cada misionero a reflexionar, programar y actuar sobre los dos siguientes puntos:

A) Responder personalmente este interrogante: ¿Por qué y cómo puedo describir a Vicente como un místico de la Caridad?

He preguntado a tres de nuestros misioneros que han reflexionado y escrito sobre este tema en el pasado, para compartir una breve reflexión personal. Que estos pensamientos nos ayuden a renovar y profundizar nuestras propias reflexiones.

1) Padre Hugh O'Donnell, CM

Todos sabemos que Vicente fue un hombre de acción, así que podemos sorprendernos de oír referencias sobre él como un místico. Pero fue de hecho su experiencia mística de la Trinidad y en particular de la Encarnación la fuente de todas sus acciones en favor de los pobres. Henri Brémond, el notable historiador de la espiritualidad francesa, fue el primero en ofrecer este aspecto a nuestra atención. Él dijo: “...es el misticismo de Vicente lo que nos dio el mayor hombre de acción”. Más tarde, André Dodin y José María Ibáñez, llamaron a Vicente un “místico de la acción”, y Giuseppe Toscani, CM, unió misticismo y acción y llegó al corazón del tema al llamarle “un místico de la Caridad”. Vicente vivió en un siglo de místicos, pero él sobresalió como el Místico de la Caridad.

Ser un místico implica experiencia, la experiencia del misterio. Para Vicente significaba una profunda experiencia del Misterio del amor de Dios. Sabemos que los Misterios de la Trinidad y de la Encarnación eran el corazón de su vida. La experiencia del amor inclusivo del mundo de la Trinidad y el abrazo incondicional de cada persona humana de la Palabra Encarnada modeló, condicionó y encendió su amor por el mundo y por cada uno, en

particular por los hermanos en necesidad. Miró al mundo con los ojos del Padre y de Jesús, y abrazó a todos con el amor incondicional, la cordialidad y la energía del Espíritu Santo.

El misticismo de Vicente fue la fuente de su acción apostólica. El Misterio del amor de Dios y el Misterio del pobre eran los dos polos del amor dinámico de Vicente. Pero su camino tenía una tercera dimensión, que era cómo miraba el tiempo. El tiempo era el medio por el que la Providencia de Dios se le dio a conocer. Actuó según el tiempo de Dios, no según el suyo propio. “Haz el bien que se presenta como el bien que hay que hacer”, advertía. “No adelantarse a la Providencia”.

Otro aspecto del tiempo de Vicente fue la presencia de Dios aquí y ahora. – “Dios está aquí” (Influencia de Ruysbroek). Dios está aquí en el tiempo. Dios está aquí en las personas, en los acontecimientos, en las circunstancias, en el pobre. Dios nos habla ahora en y a través de ellos. Vicente fue un hombre de una historia revelada en el sentido más profundo. Siguió la guía de la Providencia paso a paso. No tenía ni una agenda personal ni una ideología. Le llevó décadas llegar a una tal libertad interior por lo que el camino de Vicente a la santidad y a la libertad (1600-1625) es la clave para comprender el dinamismo diario del Apóstol de la Caridad.

2) Padre Robert Maloney, CM

Cuando hablamos de los místicos, pensamos ordinariamente en personas que han tenido experiencias religiosas extraordinarias. Su búsqueda de Dios va de la búsqueda activa a la presencia pasiva. Oramos, como dice Pablo a la iglesia de Roma (8,26), “más el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables”. Los místicos tienen momentos estáticos cuando ellos están completamente absortos en Dios “si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe”, tal y como Pablo nos relata en su experiencia de 2 Corintios 12,3. A veces, tienen visiones y reciben revelaciones privadas. Intentan, con dificultad, describir a otros sus momentos de intensa luz y penosa oscuridad. San Vicente conocía los escritos de místicos como Teresa de Ávila y Juan de la Cruz. Aunque generalmente era prudente acerca de fenómenos espirituales poco comunes, admiraba a Madame Acarie, una de las místicas más célebres de su tiempo, que vivió en París durante sus primeros años.

El estilo del misticismo de Vicente era sorprendentemente diferente. Él encontró a Dios en las personas y los acontecimientos que le rodeaban. Sus visiones eran profundamente cristológicas. Contempló a Cristo en el rostro de los pobres. Por utilizar una frase de la tradición Jesuítica que se ha hecho popular en los escritos Vicencianos, él fue un “contemplativo en la acción”. Cristo le condujo hacia los pobres y los pobres le llevaron a Cristo. Cuando hablaba de los pobres y cuando hablaba de Cristo, sus palabras eran con frecuencia extáticas. Él decía a sus sacerdotes y hermanos: si preguntamos a Nuestro Señor, «¿Qué es lo que has venido a hacer en la tierra?» - «A asistir a los pobres» - «¿A algo más?» - «A asistir a los pobres» etc. En su compañía no tenía más que a pobres y se detenía poco en las ciudades, conversando casi siempre con los aldeanos, e instruyéndolos. ¿No nos sentiremos felices nosotros por estar en la Misión con el mismo fin que comprometió a Dios a hacerse hombre? Y si se le preguntase a un misionero, ¿no sería para él un gran

honor decir como nuestro Señor: “Me envió a predicar la Buena Noticia a los pobres” (SV XI/3, 34. Cuando hablaba de Cristo, podía ser muy entusiasta. En 1655, exclamaba: pidámosle a Dios que dé a la compañía ese espíritu, ese corazón, ese corazón que nos hace ir a cualquier parte, ese corazón del Hijo de Dios, el corazón de nuestro Señor, que nos dispone a ir como Él iría... y nos envía a nosotros como a ellos (a los Apóstoles), para llevar a todas partes su fuego,... a todas partes ese fuego divino, ese fuego de amor” (SV XI/3, 190)

Para Vicente, las dimensiones horizontal y vertical de la espiritualidad eran ambas indispensables. Él consideraba el amor de Cristo y el amor de los pobres como inseparables. Una y otra vez, animaba a sus seguidores no sólo a actuar sino también a orar, y no solamente a orar sino también a actuar. Escuchó una objeción de sus seguidores: pero hay tantas cosas que hacer, tantos deberes domésticos, tantos ministerios en la ciudad y en el campo; hay trabajo por doquier; ¿debemos nosotros, entonces, dejar todo eso para pensar solamente en Dios? Y él respondía con vigor: “No, pero hay que santificar esas ocupaciones buscando en ellas a Dios, y hacerlas más por encontrarle a él allí que por verlas hechas. Nuestro Señor quiere que ante todo busquemos su gloria, su reino, su justicia, y para eso que insistamos sobre todo en la vida interior, en la fe, la confianza, el amor, los ejercicios de religión, la oración, la confusión, las humillaciones, los trabajos y las penas, con vistas a Dios, nuestro señor soberano... Si por fin nos asentamos firmemente en la búsqueda de la gloria de Dios, podemos estar seguros de que lo demás vendrá después”. (SV XI/3, 430)

En una obra de XI volúmenes escritos casi hace un siglo, Henri Brémond describía la época de San Vicente como el tiempo de la “Conquista mística”. En la conclusión de un capítulo elocuente sobre Vicente él proclama: “Fue el misticismo el que nos dio el más grande de los hombres de acción” (*Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, III “La Conquête Mystique” (Paris, 1921), p. 257).

3) Padre Thomas McKenna, CM

Para que este título sirva bien, la palabra “místico” debe entenderse en su sentido más general. La connotación más popular es la de una persona que tiene más o menos experiencia “directa” de Dios (visiones, voces, inclinaciones, sonidos). La literatura del misticismo describe experiencias como éxtasis, ser elevado hasta “un tercer cielo”, salir uno de sí mismo y “hundirse” en el Misterio (por ej. en el Abismo, Océano, Suelo) que es Dios. Su vocabulario es característico; ej. progresivamente mansiones más profundas, más íntimas, contemplación activa y pasiva, etapas purgativas/iluminativas/unitivas, ir más allá de uno mismo, noches oscuras y oscuridad deslumbrante. En cambio, el lenguaje de Vicente para las experiencias religiosas era completamente sencillo y directo, y no dio fe a esta clase de acontecimientos en su propia vida.

Pero la palabra místico puede aplicarse en un sentido más amplio. Es decir, se puede referir a alguien que ha vivido y ha sentido contacto con lo sagrado en la vida, y que responde a ese encuentro sirviendo al prójimo. Bajo este significado más amplio se puede pensar de Vicente como un místico.

El sentido más inclusivo podría ser algo como esto. Un místico es uno que escucha y es atrapado en el amor de Dios por la creación, y que se compromete después para reconocer ese amor en el mundo y también para llevarlo al mundo. Para Vicente, este amor (mejor, “el amor”) de Dios se revelaba especialmente en el pueblo que era pobre y marginado. Llegó a reconocerles tanto como portadores privilegiados del amor de Dios y como destinatarios especialmente merecedores de ese amor. Y él hizo un seguimiento de esto llevando activamente la Buena Nueva de ese amor a los pobres.

Así como la palabra apropiada puede elaborar la belleza profunda de una melodía, las palabras de Isaías que Jesús habló en el capítulo 4° del evangelio de Lucas dan una expresión especialmente resonante a la experiencia de Dios que tuvo Vicente. Aquí estaba Jesús no solo anunciando su propia misión desde el Padre, sino también su propia experiencia del Padre como Amor por el mundo, sobre todo por los abatidos: “He sido enviado a llevar la Buena Noticia a los pobres”. Parafraseando, “el fuego del amor de mi Padre está ardiendo dentro de mí, y me empuja a llevar ese amor al mundo, muy en particular a los pobres”. Siguiendo la analogía, Vicente reconoció estas palabras como la letra de una melodía que había estado sonando cada vez con mayor profundidad dentro de él. Era como si escuchando este texto en una situación particular de su vida Vicente dijera algo como “ajá ¡eso es! : esas palabras captan exactamente cómo estoy experimentando el amor de Dios, y cómo quiero gastar mi vida respondiendo y dándolo a conocer”.

Otra perspectiva. Se podría describir a Vicente como un místico “bi-focal”. Es decir, estaba experimentando (viendo) al mismo Dios a través de dos lentes diferentes, con ambos al mismo tiempo. Un lente era su propia oración; el otro era la persona pobre así como el mundo en el que él vivía. Cada ángulo de visión influía en el otro, profundizando y configurando la percepción de su opuesto. Vicente “vio” (y sintió) el amor de Dios a través de ambas perspectivas al mismo tiempo y actuó energicamente para responder a lo que estaba viendo.

Para mantener nuestra reflexión, programación y acción en la dirección correcta como miembros de la Congregación de la Misión, como misioneros que siguen a Cristo Evangelizador de los Pobres, tras las huellas de San Vicente, para ayudarnos a reflexionar sobre Vicente como un místico de la Caridad, tenemos nuestras Constituciones y nuestras Reglas Comunes, que son el compendio y síntesis de toda nuestra espiritualidad y la base para nuestra vida como miembros de la Congregación de la Misión.

B) Cada misionero debería llevar, juntamente con el breviario y la Santa Biblia, a la capilla, cuando va de viaje, en vacaciones, las Constituciones y las Reglas Comunes. Si por cualquier razón un misionero no tiene una copia de las Constituciones y de nuestras Reglas Comunes, debería pedir a su Provincial o Superior ayudarle a conseguir un ejemplar.

Sugiero y deseo con todo mi corazón, que cada uno de nosotros, desde el misionero más joven hasta el misionero de más edad, siga y responda a la llamada de San Vicente en nuestras

primeras Constituciones, las Reglas Comunes, escrita por él en el último párrafo: “todos las tendrán consigo y las leerán o las oirán leer enteras al menos una vez cada tres meses” (RC XII, 14).

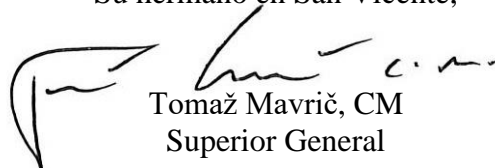
En este sentido, sugiero tomar en consideración ambas: nuestras actuales Constituciones y las Reglas Comunes y leerlas y orarlas alternativamente: los tres primeros meses, las Reglas Comunes, seguidas por las Constituciones los tres meses siguientes y así sucesivamente para que esto sea un compromiso de toda la vida. Cuando rezamos el breviario y leemos y oramos la Biblia diariamente, debemos asegurarnos de hacer lo mismo con nuestras Reglas Comunes y Constituciones.

Para ayudarnos en la reflexión de lo que significa para nosotros ver a San Vicente como un místico de la Caridad, nos acompañarán los otros escritos y conferencias, así como los escritos y conferencias de otros beatos y santos de la Familia Vicenciana.

A medida que nos acercamos a la fiesta de San Vicente de Paúl que celebraremos con toda la Familia Vicenciana, así como con muchas otras personas, grupos, y organizaciones con las que contactamos y servimos, que nos sintamos profundamente animados por este “momento de gracia especial” que la Providencia pone delante de nosotros.

¡Deseo a cada uno una celebración estupenda, mientras continuamos orando los unos por los otros!

Su hermano en San Vicente,



Tomaž Mavrič, CM
Superior General